

HISTORIA Y LITERATURA.

ESCRITOS SUELTOS.

EL REINO DE MICHOACÁN.

El antiguo reino de Michoacán,¹ según las investigaciones más juiciosas, sólo comprendía una extensión de cosa de tres grados de longitud por dos de latitud, confinando por el Norte con las tribus independientes no sometidas sino hasta la llegada de los españoles, por el Este y Sur con el imperio mexicano, y por el Poniente con el mar Pacífico. Su capital era Tzintzontzan² situada en las márgenes del pintoresco lago de Pátzcuaro.

Se ignora el origen de sus habitantes, llamados tarascos. Clavijero ha refutado juiciosamente la fábula que cuenta Acosta sobre este punto, tomada, sin duda, del P. Durán,³ fábula que con ligeras modificaciones se lee igualmente en otros autores, tales como Tezozomoc y Camargo.⁴

Dicen, que peregrinando los mexicanos antes de llegar al lugar que fué después capital de su imperio, quisieron establecerse en Michoacán; pero no pudiendo acomodarse todos y estando bañándose una parte, el resto robó sus vestidos y continuaron su marcha, por cuya burla, enfurecidos los demás, resolvieron no seguirlos, y aun adoptaron idioma diferente, que fué el tarasco.

El P. la Rea,⁵ sin hacer mérito de esta fábula, cree sin embargo que los pobladores de Michoacán fueron restos de

1 Michoacán ó Mechoacán, según algunos intérpretes, significa país del cascado, donde abunda.

2 Tzintzontzan parece significar lugar de colibríes.

3 Comp. Acosta, hist. natural y moral de Indias, y Durán, hist. ant. de México, MS. parte 1^a, cap. 3^o.

4 Tzozomoc, crónica mexicana, y Camargo, hist. de Tlascala, MMSS, pertenecientes á la colección de D. J. García Icazbalceta.

5 Crónica de Michoacán.

las primeras familias mexicanas que pasando por allí llegaron en su mayor parte hasta el valle de Mexico; pero cualquiera que sea la relación que dé á los tarascos el origen de los mexicanos, es falsa, demostrado por la diferencia de su idioma: ¿y cómo creer que los mexicanos espontáneamente habían de cambiarlo ó inventar otro, mucho menos tan distinto como el tarasco?

Ignoramos también cuál fué la serie de sus reyes y cuáles los acontecimientos seguidos de su historia. Nuestras antiguas crónicas sólo hablan algo de los últimos tiempos, cuando la invasión de los españoles, y lo poco que sabemos de la historia de Michoacán en época más remota es porque se liga con la del imperio mexicano. Por ella vemos que este coloso de Anáhuac no pudo nunca reducir á los valientes tarascos, conservándose principalmente el recuerdo de la derrota que dieron á Axayacatl VI, rey de México.¹

A la llegada de los españoles reinaba en Michoacán Sinzicha.² Descubierta el país, Cortés le envió mensajeros que recibió bien á lo pronto; mas después pensó sacrificarlos en honor de sus dioses. No obstante, tan bárbaro proyecto no se llevó á cabo, porque mejor aconsejado el rey por algunos de su corte, varió de propósito y los despidió con agasajos y presentes para Cortés. Poco después le envió á su propio hermano con un atento mensaje; más tarde él mismo le hizo una visita y vuelto á su país se rindió voluntariamente, ofreciéndose como vasallo del rey de España, temeroso, tal vez, con el ejemplo de México su rival, que acababa de presentarse. Solicitó igualmente algunos misioneros que predicaran en su país el Evangelio y él dió la señal de conversión á sus súbditos, bautizándose con el nombre de D. Francisco.³ El caballero que más adelante nombró Cortés para ocupar á Michoacán fué Cristóbal de Olid, que lo hizo sin hallar resistencia. Así es que la conquista de Michoacán no costó ni una gota de sangre; y si los tarascos se libraron de

¹ Durán, hist. de México, MS.—Tzozomoc, crónica, MS.

² Generalmente se ha dado el nombre de Caltzontzin al último rey de Michoacán; pero he aquí la explicación que sobre esto hace el P. la Rea... «el rey á quien el mexicano llamó el gran Caltzontzin, que quiere decir «el calzado con catele. Porque siendo costumbre que todos los reyes tributarios al emperador, en señal de su obediencia se descalzasen para «verle; el de Mechoacán, como no fué su tributario ni su inferior, se calzaba como él, y así le llamaban el gran Caltzontzin.»

³ Torquemada, Monarquía indiana.

las escenas de horror que los mexicanos, la posteridad no les concede la gloria que á los heróicos defensores de la gran Tenochtitlán.

Respecto de la religión, gobierno, conocimientos y costumbres de los tarascos, nos quedan algunas más noticias.

Parece que su mitología no era tan complicada como la de los mexicanos, pues un cronista asegura¹ que no adoraban más que un ídolo, cuyo templo estaba en el pueblo de Tzacapu en la cumbre de un monte, donde á la vez habitaba el sumo sacerdote. Hablando probablemente del mismo ídolo, agrega otro autor² que «lo tenían por hacedor de todas las «cosas, que daba la vida y la muerte, los buenos y los malos «temporales: llamábanle en sus tribulaciones mirando al «cielo, entendiendo que allí estaba.» En suma, los tarascos tenían la idea de aquella *causa primera* que ningún pueblo ha desconocido aunque más ó menos confusamente, y no dudamos á la vez que la tuviesen también del alma que nos anima y de la vida futura, porque son igualmente de aquellas verdades que parecen radicadas en nuestro propio ser. Empero los escritores españoles, siempre empeñados en igualar lo más posible las creencias y las tradiciones de los pueblos del Nuevo Mundo con las suyas, han exagerado, sin duda, en esta materia, pues hay quien diga³ que «los tarascos confesaban el juicio final, y el cielo y el infierno y el fin «del mundo,» agregando: «que hizo Dios un hombre y una «mujer de barro, que yéndose á bañar se deshicieron en el «agua, y los volvió á hacer de ceniza y de ciertos metales: y «que volviendo á bañarse descendió el mundo de ellos: y que «hubo diluvio, y un indio dicho Tezpi, que era sacerdote, se «metió con su mujer é hijos en un madero como arca, con «diferentes animales y semillas, y que todos escaparon: y «que en menguando el agua envió el ave que llaman aura y «se quedó comiendo de los cuerpos muertos: y envió otros «pájaros que también se quedaron: y que el pájaro pequeño «de ellos muy estimado volvió con un ramo.» No hay duda que la tradición de una época en que las aguas invadieron la tierra es muy general, si no común, entre todos los pueblos, y al hallarla entre los tarascos, sólo sorprende su na-

¹ La Rea, Crónica de Michoacán.

² Herrera, Décadas de Indias.

³ Ibid.

rración casi literal comparada con la de Moisés, temiéndose alguna preocupación por parte del escritor español. No obstante, ha sido recibida después sin comentario por dos escritores sabios, cuales son Clavijero y Humboldt.¹

La clase sacerdotal entre los tarascos aun más respetada que en Tezcoco y en México: se dice que se ocupaba frecuentemente en amonestar al pueblo á estilo de sermón, y que el rey mismo visitaba cada año al sumo sacerdote, y hablándole de rodillas le pagaba primicias que igualmente todos los ciudadanos estaban obligados á pagar.

El culto religioso estaba degradado, como en México y en Tezcoco, con la horrible práctica de los sacrificios humanos y en la misma forma, surtiendo de víctimas los altares con los prisioneros habidos en las guerras.

Por lo demás, los tarascos demuestran en sus instituciones, si no una cultura perfecta y ni siquiera igual á la de México y menos á la de Tezcoco, sí que estaban distantes de la barbarie. Vemos, en efecto, que formaban una nación numerosa sometida á un soberano y reunida en pueblos ó ciudades, una legislación observada para la seguridad de los individuos y varias artes conocidas. Carecían empero, como los demás pueblos de Anáhuac, de algunos elementos poderosos de civilización, cual el uso del fierro y de los animales domésticos; sus instituciones aun eran un bosquejo imperfecto, y practicaban algunos usos feroces á más de los que exigía su bárbaro culto.

El gobierno de los tarascos era una monarquía absoluta. Cuando el rey llegaba á la vejez, señalaba antes de morir al hijo que había de sucederle, al que mandaba gobernar alguna provincia para que adquiriese práctica en los negocios del Estado. Si no había hijos, heredaba el pariente más cercano. Los reyes de Michoacán eran mirados con ese respeto sobrenatural con que los pueblos mal civilizados han visto á sus jefes, y aun ya muertos sacrificaban una parte de su servidumbre para que no les faltase nada en la otra vida.

¹ Prescott no leyó, sin duda, en Herrera, la tradición de los tarascos, pues dice: «No he encontrado en favor de esta tradición otro apoyo más que Clavijero, buena aunque no la mejor autoridad cuando no da la razón para que debamos creerle.» Véase Prescott, *Conq. de México*, tom. 2.º pág. 390, nota, edic. de Cumplido.

Después del rey, había en las provincias una especie de subdelegados suyos para regirlas.

Las rentas públicas tenían por fuente los tributos que el rey imponía á su voluntad, en los que entraban, dice un escritor español,¹ «hasta las mujeres é hijos si los quería.»

La distinción de clases estaba reconocida, dividiéndose en nobles y plebeyos, y los primeros usaban ciertas distinciones en sus escasos vestidos.

Pocas muestras nos quedan de sus leyes; pero bastantes para juzgar de su bárbara severidad. Al forzador de una mujer le rasgaban la boca hasta cerca de las orejas y después lo empalaban. El primer hurto era reprendido de palabra, al segundo despeñaban al reo y su cuerpo quedaba expuesto á la voracidad de las aves. No es, pues, extraño que como dice un cronista varias veces citado:² «no había «castigo señalado para el homicidio, porque por el gran «miedo no se cometía.»

Para la administración de justicia había en cada pueblo ó lugar un empleado á propósito, quien apenas se cometía un delito, averiguaba el caso y presentaba el reo al rey para que diese por sí la sentencia, como era costumbre. Los ministros de justicia eran muy respetados por el pueblo, y los daban á conocer algunas insignias particulares.

Para la guerra usaban los tarascos las mismas armas ofensivas que los mexicanos, es decir, espada de pedernales, flecha y honda, y para defenderse se cubrían con petos formados con hojas de maguey (agave americana.) Entraban á la batalla con el cuerpo pintado de diversos colores y al estrépito de bocinas, caracoles y otros instrumentos groseros. El valor militar era tan honrado como entre todos los pueblos bárbaros ó mal civilizados, y había premios establecidos para coronar al vencedor con el más vivo entusiasmo.

Entre los conocimientos que alcanzaron los tarascos, creemos que puede contarse la escritura jeroglífica, pues el P. la Rea da noticia de un lienzo en que dicen conservaban parte de su historia; pero hoy no es fácil saber hasta qué punto adelantaron en este ramo. El mismo vió algunas figuras de metal que prueban sabían fundir algunos. En lo

¹ Herrera.

² *Ibid.*

que más se distinguieron fué en el precioso arte de representar con plumas unidas algunos objetos naturales, arte en que llevaron la preferencia á los mexicanos y tezcucanos, que lo heredaron de los toltecas.

De las costumbres de los tarascos sabemos que era permitida la poligamia y que las mujeres aun eran uno de los premios que se concedían á los valientes.

Aunque no escaseaban entre ellos algunos licores fermentados, convienen los españoles en que, como todos los pueblos de Anáhuac, eran bastante sobrios, y lo mismo que en Tezcoco y en México, sólo era permitido beber á los ancianos, sin duda porque se consideraba que tenían necesidad de reparar sus fuerzas.

Estas son las pocas noticias, relatadas en compendio, que se conservan sobre los antiguos habitantes de Michoacán, cuyo reino, después del de los aliados, México, Tezcoco y Tacuba, ocupaba el segundo lugar en civilización y poder, en aquellas regiones á la llegada de los españoles.

1856.

LOS TOLTECAS.

I

Un pueblo que fundó en Anáhuac la adelantada civilización que en tiempos más modernos se encontró entre los aztecas y tezcucanos, y que al poner el pie en aquellas regiones, poseía ya los signos característicos de una nación culta y constituida; he aquí lo que distinguió á los antiguos toltecas, y he aquí el motivo de interés que presenta el recuerdo de esa nación extraordinaria, muy antigua sin duda, porque así lo revelan todas sus instituciones, extrañas á la sencillez de los pueblos nuevos.

Al ir á trazar en un reducido espacio, y aun cuando más tuviéramos, el cuadro de su historia, prescindimos de nuevas investigaciones sobre cuál fué el país del antiguo mundo que vió nacer á sus ascendientes, cuestión hasta hoy ociosa, que ha producido multitud de sistemas que parece inútil multiplicar. Basta decir, porque interesa altamente á la humanidad y á la fe, que el estudio sobre los mexicanos así como el de otros pueblos del Nuevo Mundo, presenta con algunos del antiguo, analogías bastantes para probar la identidad de su primitivo origen, común á toda la raza humana, destruyendo así la falsa opinión de los que han creído que un continente tan vasto y habitado como la América, é ignorado por tantos siglos del resto del mundo, no podía haber sido poblado sino por hombres nacidos en el mismo terreno. Tenemos, entre otras, la obra del P. García ¹ en que ha recopilado los diferentes sistemas formados para expli-

¹ Titulada «Origen de los Indios.»